

CONFERENCIAS

Cerramos con estas páginas las reseñas del ciclo de conferencias que, organizado por Fundes-Club de los 90 y dirigido por Julián Marías, comenzó el pasado 9 de noviembre y ha continuado durante todo el curso académico. Abre la sección Eduardo Martínez de Pisón, al que siguen Pedro Laín Entralgo, Ñuño Aguirre de Cárcer y Julián Marías.

Eduardo Martínez de Pisón: “La conservación de la naturaleza”

La conservación de la naturaleza es un tema que se puede enfocar desde muchos puntos de vista. El profesor Martínez de Pisón ha escogido el que podría llamar "cultural"; desde este punto de vista lo primero que constató es que el mundo es "realmente bello": la belleza del mundo es la primera constatación que habría que hacer, además enérgicamente, con claridad, con rotundidad; "Probablemente es la causa fundamental para que la naturaleza sea conservable" —dijo el profesor.

"Este es un planeta lleno de maravillas, quizá el único planeta lleno con esas cosas maravillosas. En el sistema solar hay planetas que puedan tener extraordinarios paisajes, pero quizá son un poco temibles, demasiado grandes, demasiado

inhóspitos, demasiado fríos o demasiado calientes, demasiado desérticos o demasiado tormentosos". El nuestro es, en cambio, un planeta atemperado. "Es un planeta que tiene su Antártida, que tiene naturalezas muy variadas, muy complejas, pero es un planeta que no es hostil, es un planeta acogedor, para el hombre, porque el hombre es planetario, porque se siente estrictamente vinculado a los

caracteres de esa naturaleza; el hombre es naturaleza en ese sentido y también es naturaleza desde el punto de vista histórico. En ese sentido el planeta tiene una referencia muy humana, está lleno de significados y de sentidos: a veces muy inmediatos, a veces lejanos, otras superficiales, a veces muy vivenciales, a veces complicados, porque es para el hombre su hogar o como decían los geólogos de principios de siglo: es el solar". Al conferenciante le gustan mucho, según expresó, las rocas de nuestro país, de España, poco apreciadas en general: "las pizarras oscuras, las calizas tan claras, las arenas tan ocres que hay por los páramos de Castilla, o los granitos brillantes de las montañas". Cree que tenemos una naturaleza muy bella, y se refirió a las rocas porque es de lo que no se suele hablar, ya que los

rios, los pájaros o la fauna están más asentidos y tienen mayor presencia en los medios de comunicación.

Todo lo que nos rodea tiene una referencia estética, permite la contemplación, una contemplación grata. Esto se ha visto por muchos hombres a lo largo de la historia y es lo que provoca el primer y más espontáneo deseo de guardarla, de conservar las bellezas, sobre todo ante la perspectiva de una posible desfiguración de la fisonomía del mundo, del cambio del paisaje. Es la primera reacción de cualquier persona con un mínimo de sensibilidad el ser conservador y proteccionista de ese patrimonio, respondiendo a la necesidad de que los escenarios, los paisajes y los elementos que los componen, que cambian a lo largo del año, con las estaciones, no cambien para peor, no se desfiguren. Algo complementario con la contemplación de la naturaleza es la participación en el medio natural. Participación activa, vital, que nos va hasta en el respirar, en el beber..., elemental pero rotundamente: yo estoy en el cosmos y el cosmos está en mí. Nos necesitamos mutuamente. En este sentido también es totalmente básico y espontáneo el deseo de conservación de esta relación vital ante su posible daño y degeneración planteando un problema incluso de supervivencia. Hay otra participación más profunda y más completa cuya comprensión, dijo, requiere la cita de otros autores. J. Marías ha escrito: "El sentido inmediato del mundo para el hombre actual en éste: un sistema de usos y relaciones sociales que funcionan en un ámbito de



Eduardo Martínez de Pisón.

una realidad mediata que es la llamada naturaleza. Esto tiene consecuencias decisivas para la vida del hombre y en primer lugar que mientras tradicionalmente su mundo inmediato ha sido la naturaleza definida como lo permanente y que es idéntico a sí mismo, hoy se encuentra esencialmente referido a una realidad de índole constitutivamente móvil, afectada

de una forma continua por la transformación y la inseguridad". Otros autores lo han escrito y pensado de forma extraordinaria. Azorín, en un artículo que puede ser calificado de "geográfico", titulado "En la montaña", lo expresó de la siguiente manera: "¿No amáis las montañas? ¿No son vuestras amigas las montañas? ¿No produce su vista en nuestro espíritu una sensación de reposo, de quietud, de aplacamiento, de paz, de bienestar? Una montaña que se ve en el horizonte sobre un cielo límpido es una imagen que se grava en nuestra alma y que en ella reposa durante tiempo y tiempo. Montañas finas, olorosas y radiantes de Castilla, de Alicante y Cataluña, vosotras tenéis todo mi afecto, toda mi simpatía".

ás adelante, derivando hacia los caminos y las carreteras dijo: "Las carreteras son ruidosas, son todas iguales, no tienen carácter; vosotros, caminos estrechos, tortuosos y amarillos, vosotros que lleváis en España, en la España castiza, la denominación de caminos viejos, vosotros sois un complemento de las viejas y nobles ciudades, de los viejos caserones, de las catedrales, de las colegiadas, de las alamedas umbrías y seculares, de los huertos cercados y abandonados".

"No hay ningún estrépito — añade cuando ya penetra en la montaña— no hay estrépito que turbe el silencio, este sosiego, o mejor, esta seguridad en el sosiego, esta certidumbre de que

nuestra paz y la paz del paisaje no será turbada", — y acaba diciendo: "Una abeja zumba sobre unas floréenas de romero, una araña que tiene su tela sobre un lentisco sale lenta, muy lentamente de su agujero". No dice más Azorín; como en los versos de Neruda, "no sucede nada más que el viento".

Citó el conferenciante un texto de Hermán Hesse que refleja la inmersión en la naturaleza en que se pone de manifiesto el sentido positivo de la belleza natural y la participación en ella, en su esplendor, muestra del carácter vivencial de la relación con la naturaleza. Insistió en ello el profesor porque cuando hoy se esgrimen sólo razones científicas para la defensa y conservación de la naturaleza, cree que esta base vivencial es fundamental y primera con respecto a la científica.

La relación es vieja en la cultura europea y fue expresada por Byron y más tarde por Unamu-no, que habló de la posibilidad de "hacer de un paisaje un estado de conciencia"; esto explica otras palabras del filósofo: "El sentimiento de la naturaleza, el amor inteligente a la vez que cordial al campo, es uno de los más refinados productos de la civilización y de la cultura". Existen varias perspectivas, por tanto, desde las cuales podemos ver el mundo natural: un mundo bello desde la estética, un mundo interesante, desde la científica, como un mundo vital, básicamente vivencial;

como un mundo útil desde el punto de vista económico, como un mundo limitado y frágil desde un punto de vista proteccionista; con significado o con significados múltiples desde el punto de vista cultural; como un mundo ignorado... un mundo temible y al mismo tiempo un mundo dominable, transitable, un mundo para la aventura.

Estas perspectivas pueden ser complementarias o pueden ser perspectivas enfrentadas. De ahí surge el conflicto entre la conservación o no de la naturaleza, de qué espacios de las misma han de ser protegidos o explotados. Amanece por tanto de la ponderación de los valores de todo tipo de la naturaleza frente a su descuido por ignorancia, por agresión directa, por un excesivo sentido de lo útil o excesivo pragmatismo. Esto permite muy diversas actitudes frente a la conservación de la naturaleza. Se puede ver lo que puede decir la ciencia geográfica o cultura geográfica. Hay que partir del hecho de que el paisaje puede ser producto del hombre y éste es responsable del mismo. En el fondo de esta responsabilidad

donde puede inscribirse la frase de Pessoa "Es en nosotros donde los paisajes tienen paisaje, lo que vemos no es lo que vemos, es lo que somos" o la de otro escritor madrileño que dijo que "la cara no es el espejo del alma, la cara es el espejo del paisaje", o "reflejo de un alma colectiva", según expresión de J. Marías utilizada en otro contexto.

Al determinismo que imponía el medio al hombre se opuso el método posibilista cuya tesis se establecía en la búsqueda de las normas culturales que presiden las relaciones con el medio y que por lo tanto presiden la construcción de los paisajes. La relación con la naturaleza es por tanto una cuestión de cultura, tema en el que insistió el profesor. La evolución de las normas culturales sería la siguiente: existiría, en principio, una concepción orgánica y viva del mundo natural, el hombre sería un participante. Esa idea sería sustituida por la de un universo lógico, un universo inteligible y dominable que traería un extrañamiento del cosmos y una concepción mecanicista de la naturaleza. Esta última se redondearía por la de dominio del cosmos. La naturaleza se convertiría en algo manejable, algo instrumental donde late la idea antropocéntrica basada en una ética de control, una moral del trabajo.

La pérdida de la relación armónica, del equilibrio con la naturaleza podría establecerse a lo largo de la revolución industrial precisamente por la potencia de esa revolución que permite al

hombre la entrada en los medios naturales y la extensión de ésta a través del fenómeno colonial a la totalidad del globo terrestre, dando lugar a una conciencia de hombre destructor que hasta entonces no había existido. Surgen así iniciativas como la creación de parques naturales de los que fue hecho simbólico el de Yellowstone en 1872 y también la idea de restauración de la naturaleza que aparece en tratados de Geografía del siglo pasado donde el hombre aparece como destructor, lo cual se refleja en escritos y artículos tanto por influencia de los geógrafos como del espíritu romántico que se integra igualmente en la corriente cultural. Las tesis biocéntricas sustituyen el antropocentrismo con la misma fuerza con que fue superada la idea ptolomeica de que el Sol gira en rededor nuestro por la copernicana. Se ha hablado del traslado de las ideas de culpa y de pecado al pensamiento ecologista. La ciencia y la técnica han desarrollado métodos que intentan ser apropiados para el conocimiento y la actuación para la conservación tanto desde un punto de vista interesado: conservando los recursos, como desinteresado: conservando los paisajes; sin perder conciencia de que los territorios son nudos de conflictos. Para ello hay búsqueda de nuevas competencias profesionales que van desde la química del agua a la geografía que practica el conferenciante. Hay que distinguir en esta línea dos cosas:

la naturaleza propiamente dicha y la conservación de ésta como tal, es decir, entendiendo por naturaleza todos los componentes y las dinámicas del medio físico y sus combinaciones y relaciones, y por otra parte la conservación de los paisajes naturales. La conservación de la naturaleza consiste en el cuidado del buen estado de sus elementos, del estado adecuado para su uso, un uso interesado evidentemente... y la corrección de los posibles daños efecto de la agricultura, el urbanismo o cualquier otro tipo de actividad humana. Esto requiere más que un control de la naturaleza de la conducta social, que es la que produce el problema. Lo que se refiere estrictamente a los paisajes naturales es otra cuestión, los paisajes son la for-malización geográfica natural del entramado del territorio, son la configuración que toman los hechos geográficos. Los paisajes no se ven solos... tienen un dentro. Tienen una forma que obedece a una estructura, a un sistema geográfico que es el que lo genera. Los paisajes, su forma, no son sino

una cristalización de la estructura y de su dinámica de su evolución y el paso del tiempo. Los paisajes tienen función; no están solos, ni aislados, ni perdidos; tienen una función territorial. Son el soporte del agua, del ganado que tienen o pueden tener, de los bosques, rocas... tienen a su vez elementos que hay que aislar para luego asociar en su conjunto, y tienen dinámica, evolución... una dinámica diaria, estacional, anual, secular y milenaria.

Los paisajes están llenos de contenidos culturales también, porque Azorín ha escrito sobre ellos o porque Velázquez los ha pintado, tienen por tanto significados culturales: que pueden parecer ocultos pero se pueden desvelar con facilidad, ya que el paisaje tiene faz: que es lo que comúnmente se llama paisaje, pero ésta no es más que el aspecto externo y subjetivo de todo lo que hemos dicho anteriormente.

Pero no podemos reducir el estudio del paisaje a sólo la faz del paisaje porque esto es pobre, es parcial. Además hay dos tipos de paisajes naturales, con grados intermedios, que se conservan de diferente manera. Uno el que hace de soporte a una actividad humana: la base física agraria por ejemplo o el subsuelo de una ciudad o la roca sobre la que se asienta Segovia, pero también aquel espacio donde dominan los elementos naturales: por ejemplo, la Antártida, aunque también es predicable de los Pirineos o Gredos y Guadarrama. Son sistemas más o menos abiertos

pero con vecindad con respecto a otros, no están aislados, están insertos en otros conjuntos territoriales. En esta gradación se requiere que la actuación del hombre en su utilización sea también diferenciada y que los instrumentos utilizados para la conservación sean también de varios tipos.

Puso el profesor tres ejemplos claros: en los sectores urbanos, en los rurales, no se debe aplicar una conservación de la naturaleza. Se debe actuar evidentemente con una regulación de actuaciones urbanísticas o del medio rural. En los elementos naturales, en los recursos naturales se debe hacer una conservación de la calidad de dichos recursos y en los espacios de dominante natural valioso... lo que debe haber es protección de la naturaleza, de esas áreas. Lo que no se debe es confundir o traspasar unas cosas a otras porque se crea un problema geográfico bastante serio y probablemente un caos de gestión. Se deben considerar y diferenciar dos tipos de conservación y protección: la de los recursos, que es interesada, es económica, y por otro lado la de los elementos, la de los paisajes, que es desinteresada y por tanto claramente, rotundamente cultural, no sólo científica. Esa conservación tiene que tener un apoyo científico y técnico.

Esto tiene un problema, pues habría que ampliar el concepto de lo que nuestra legislación comprende y que se refiere siempre a los recursos naturales y no a los recursos culturales. Habría

que introducir este último concepto en capítulo aparte.

"Cuando hablamos de un planeta, —dijo el conferenciante—, de un continente, de un país, una región o comarca..., son tan distintos, tan heterogéneos, que no es el mismo saco en el que se puede meter el Himalaya o Peñalara. No tienen el mismo sentido, ni el mismo valor, ni la misma función la Amazonia que una playa; ni tienen las mismas necesidades los Andes que la sierra de Guadarrama. Ni la Patagonia vacía que el Manzanares superpoblado".

Todo ello requiere una atención muy cuidadosa, el significado de los paisajes y su carácter geográfico y sus significados naturales y culturales. La catalogación para elegir lo que se conserva en espacios naturales no sólo debe ser, como lo es en la legislación española, representativa desde el punto de vista ecológico. Debería ser una catalogación que los seleccionase como individuos geográficos que están dotados de suficiente personalidad y caracteres propios, contemplando su individualidad, su espacialidad, la

integración en sí mismos y en el resto del territorio, su conexión con las actividades humanas.

Hay quizá hoy un exceso de ecología y un defecto de geografía que podrían equilibrarse un poco. Se cae si no en ciertas paradojas: El lugar con más avifauna de la provincia de Madrid en los muladares de Vaciamadrid, que no podría nunca ser un parque nacional a pesar de su riqueza faunística y su biodiversidad. Hay problemas que el biologismo no puede solucionar solo. Es difícil revisar los conceptos vigentes de conservación y protección. En España ha habido un paso desde el forestalismo al naturalismo... con criterios muy diversos. Hay instrumentos que probablemente no están muy adaptados a las circunstancias actuales como son las leyes de los parques... Se necesita una política más territorial de la naturaleza y quizá una integración mayor del paisaje. Los clichés utilizados en el resto del mundo que se aplican sin matices son de dudosa eficacia y habrían de ser manejados con cautela. La biodiversidad, el desarrollo sostenible, el cambio climático, la desertización... son conceptos excesivamente vagos, excesivamente generales y no son aplicables a todas las cosas con suficiente rigor. El profesor se permitió pedir rigor en la aplicación de todas estas ideas sobre la conservación de la naturaleza. Hay diferencias de criterio en el mundo

excesivamente grandes en cuanto a los modos de protección, a veces azarosos según los países y como consecuencia, no sólo en España, no siempre los mejores paisajes están conservados, ni la conservación que se hace de aquellos que lo están se hace por los mejores procedimientos.

Cree E. Martínez de Pisón que siempre hay que estar activos y no dejarse ganar por la inercia de los hechos sino que siempre conviene seleccionar y jerarquizar, diferenciar e integrar. En cualquier caso, es necesario concretar y matizar la conservación y las políticas, poco decididas hasta ahora, que se hacen en este aspecto. Cree que hay necesidad de más geografía, tener criterios más territoriales, y existe la necesidad imperiosa de dar carácter más cultural a la protección del paisaje. Integrar en la cultura, resolverlo desde la cultura, no sólo desde la ciencia o la técnica. Es un

recurso cultural como decía Unamuno: "uno de los más refinados productos de la civilización y de la cultura"; hay que ser consecuente con esta frase hasta su límite, hasta el final. Se precisa madurez cultural, personal, social, política... para observar la protección de la naturaleza como algo normal y propio. Hay países que lo tienen casi conseguido, otros estamos más atrasados. Esa madurez cultural se adquiere integrando la naturaleza como un conocimiento sedimentado, no como el éxtasis romántico, ni tampoco sólo como una ciencia, sino como algo sedimentado en la sabiduría general. Acabó el conferenciante leyendo las siguientes líneas de Hermán Hesse que demuestran una madurez cultural tan clara que son expresivas de un nuevo deber y de la concepción de la naturaleza como relación vital y cultural:

"Sonríe no sólo con los labios, sonríe con mi alma, mis ojos y toda mi piel, vengo a este país cuyo perfume llega hasta mí con sentidos diferentes a los de hace años; más refinados, apacibles, avivados; más exacerbados y a la vez más agradecidos. Todo esto me pertenece más que antaño. Me habla con un lenguaje más rico, con matices multiplicados. Mi nostalgia exaltada no describe ya las lejanías veladas por olores oníricos porque mi mirada está satisfecha con lo que tiene ante ella. Mi mirada ha aprendido a ver. El mundo se ha hecho más bello que antes. Espero con impaciencia la madurez. Estoy dispuesto a morir; estoy dispuesto a renacer... el mundo se ha hecho más bello que antes".

A.A.